

P. D. Todavía te quiero

P. D.
*Todavía
te
quiero*

JENNY HAN



Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Diseño de portada: Adaptación del diseño original de Lucy Ruth Cummins

Fotografía de portada: © Douglas Lyle Thompson

Fotografía de la autora: © Alex Solmssen Photo

Título original: *PS. I Still Love You*

© 2016, Editorial Planeta, S.A. – Barcelona, España

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

© 2016, Marta Becerril Albornà, de la traducción

© 2015, Jenny Han, por el texto

Derechos reservados

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560 Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: mayo de 2016

ISBN: 978-84-08-15527-0

Primera edición impresa en México: agosto de 2016

ISBN: 978-607-07-3600-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Se alegraba de que la acogedora casa y de que papá y mamá
y la luz del fuego y la música fueran ahora.
No podían olvidarse, pensó, porque ahora es ahora.
Nunca puede ser tiempo atrás.

LAURA INGALLS WILDER, *La casa del bosque*

El tiempo es la distancia más larga entre dos puntos.

TENNESSEE WILLIAMS, *El zoo de cristal*

Querido Peter:

Te extraño. Han pasado solo cinco días, pero te extraño como si hubieran sido cinco años. Quizá porque no sé si esto es el final, si tú y yo volveremos a hablar alguna vez. Bueno, estoy segura de que nos saludaremos en clase de química, o por los pasillos, pero ¿volverá a ser como antes? Eso es lo que me entristece. Sentía que podía contarte cualquier cosa, y creo que tú sentías lo mismo. O eso espero.

Así que voy a decírtelo todo ahora mismo, mientras aún conservo el valor. Lo que ocurrió entre nosotros en el jacuzzi me asustó. Sé que para ti no fue más que otro día en la vida de Peter, pero para mí significó mucho más, y eso es lo que me dio miedo. No solo lo que le iba diciendo la gente, sino el mero hecho de que sucediese. Lo fácil que fue, cuánto me gustó. Me asusté y lo pagué contigo, y lo siento mucho.

Siento no haberte defendido ante Josh en la fiesta. Debería haberlo hecho. Sé que te lo debía. Te debía eso y más. Sigo sin creermelo que vinieras y que llevaras las galletas de pastel de fruta. Por cierto, te veías muy guapo con tu suéter. No lo digo para halagarte. Lo digo en serio.

A veces me gustas tanto que no puedo soportarlo. Me llena por dentro hasta arriba del todo, y siento como si fuera a desbordarme. Me gustas tanto que no sé qué hacer al respecto. El corazón me late a toda prisa cuando sé que volveré a verte. Y entonces, cuando me miras como me miras, me siento la chica más afortunada del mundo.

Las cosas que dijo Josh no eran ciertas. No sacas lo peor de mí. Todo lo contrario. Has sacado lo mejor. Me diste mi

*primera historia de amor, Peter. Por favor, no permitas
que termine.*

Con amor,

Lara Jean

Kitty se pasó toda la mañana quejándose, y sospecho que tanto Margot como papá sufren tremendas crudas de Nochebuena. ¿Y yo? Tengo corazoncitos en los ojos, como un emoticón, y una carta que se muere de ganas de salir de mi bolsillo.

Mientras nos ponemos los zapatos, Kitty aún intenta zafarse de ponerse el *hanbok* para ir a casa de la tía Carrie y del tío Victor.

—¡Mira las mangas! ¡Me quedan muy cortas!

—Se supone que son así —dice papá sin ponerle mucho empeño.

—Entonces, ¿por qué las tuyas sí le quedan bien? —pregunta Kitty, y nos señala a Margot y a mí. Nuestra abuela nos compró estos vestidos tradicionales, los *hanboks*, la última vez que estuvo en Corea. El de Margot tiene una chaqueta amarilla y una falda verde manzana. El mío es fucsia con una chaqueta blanco marfil y un lazo fucsia largo con flores bordadas por delante. La falda es voluminosa, abultada como una campana, y llega hasta el suelo. No como la de Kitty, que le llega a los tobillos.

—No tenemos la culpa de que crezcas como una mala hierba —digo, y me retoco el lazo. El lazo es la parte más complicada de poner bien. Tuve que ver un video de YouTube varias veces para enterarme de cómo hay que ponérselo, pero todavía parece triste y asimétrico.

—Mi falda también es demasiado corta —gruñe, mientras levanta los bajos.

La verdad es que a Kitty no le gusta nada llevar el *hanbok* porque te obliga a andar con delicadeza y a mantener la falda cerrada con una mano si no quieres que se te abra del todo.

—Todos los primos se lo pondrán, y la abuela se alegrará. Caso cerrado —dice papá masajeándose las sienes.

En el coche, Kitty no para de repetir «Odio el Año Nuevo» y pone de mal humor a todo el mundo menos a mí. Margot ya está medio enfadada porque tuvo que levantarse al alba para llegar a tiempo de la cabaña de su amigo. Por no hablar de su posible cruda. Pero nada puede ponerme de mal humor, porque ni siquiera estoy en el coche. Estoy en un lugar completamente distinto, pensando en la carta que le escribí a Peter, preguntándome si es suficientemente sincera, y cómo y cuándo se la daré, y qué dirá, y qué significará. ¿Debería dejarla en su buzón? ¿En su casillero? Cuando nos veamos, ¿sonreirá? ¿Bromeará para relajar el ambiente? ¿Acaso fingirá no haberla visto para ahorrarnos el mal trago a ambos? Eso sería lo peor. Tengo que recordarme que, a pesar de todo, Peter es amable y sencillo, y no será cruel. De eso estoy segura.

—¿En qué estás pensando? —me pregunta Kitty.

Apenas la escucho.

—¿Hola?

Cierro los ojos y me hago la dormida, y lo único que veo es la cara de Peter. No sé qué quiero exactamente de él, ni para qué estoy lista, ni si es una auténtica relación novio-novia, o amor, o lo que había antes entre nosotros, simple diversión y algunos besos aquí y allá, o algún término medio, pero lo que sí sé es que no puedo quitarme su cara de chico guapo de la cabeza. Su forma de sonreír cuando pronuncia mi nombre, y que a veces se me olvida respirar cuando lo tengo cerca.

Cuando llegamos a casa de la tía Carrie y del tío Victor, ninguno de los otros primos lleva *hanbok*. Kitty casi se pone morada por lo mucho que le cuesta no gritarle a papá. Margot y yo también lo miramos de reojo. Pasarse todo el día sentada con un *hanbok* no es lo que se dice cómodo. Pero entonces la abuela nos lanza una sonrisa aprobadora que lo compensa todo.

—Tal vez los mayores nos den más dinero por habernos emperifollado —le susurro a Kitty mientras nos quitamos los zapatos.

—¡Se ven guapísimas! Haven no quiso ponerse el suyo —dice la tía Carrie al abrazarnos.

Haven pone los ojos en blanco.

—Me encanta tu corte de pelo —le dice a Margot. Haven y yo apenas nos llevamos unos meses de diferencia, pero se cree mucho mayor que yo. Siempre intenta juntarse con Margot.

Primero nos libramos de las reverencias. En la cultura coreana, les haces una reverencia a tus mayores en Año Nuevo y les deseas suerte para el resto del año. Se hace en orden, de mayor a menor. Como la adulta de mayor edad

es la abuela, esta se sienta primero en el sofá, y la tía Carrie y el tío Victor se inclinan primero ante ella, y después papá, y así hasta llegar a Kitty, que es la más joven. Cuando a papá le llega el turno de sentarse en el sofá y recibir sus reverencias, en el sofá queda un espacio vacío a su lado, como sucede todos los días de Año Nuevo desde que mamá murió. Me atenaza un dolor sordo en el pecho cuando lo veo ahí solo sentado, con una sonrisa animosa, repartiendo billetes de diez. La abuela me lanza una mirada enfática y sé que está pensando lo mismo. Cuando me llega el turno, me arrodillo, las manos cruzadas ante la frente, y me juro a mí misma que el próximo año no volveré a ver a papá solo en ese sofá.

Recibimos diez dólares de la tía Carrie y del tío Victor; diez de papá; diez de la tía Min y del tío Sam, que en realidad no son tíos nuestros, sino primos segundos (¿o sobrinos terceros? En cualquier caso, son los primos de mamá) ¡y veinte de la abuela! No nos dieron más por llevar los *hanboks*, pero no está nada mal. El año pasado, los tíos y las tías solo repartieron cinco dólares por persona.

Después preparamos sopa de pastel de arroz para que nos traiga buena suerte. La tía Carrie también prepara pastelitos de frijoles negros e insiste en que los probemos, a pesar de que nadie quiere hacerlo. Los gemelos, Harry y Leon (¿nuestros primos terceros? ¿O son sobrino nietos?) se niegan a comerse la sopa y los pastelitos de frijoles, y se comen unos *nuggets* de pollo en la sala de la televisión. No hay suficiente espacio en la mesa, así que Kitty y yo nos sentamos a comer sobre banquitos en el mostrador de la cocina. Desde ahí, escuchamos reír a todo el mundo.

Cuando empiezo a comer la sopa, pido un deseo: «Por favor, que las cosas entre Peter y yo funcionen».

—¿Cómo es que mi tazón de sopa es más pequeño que el de los demás? —me susurra Kitty.

—Porque eres la más pequeña.

—¿Por qué no tenemos nuestro propio tazón de *kimchi*?

—Porque la tía Carrie piensa que no nos gusta. Como no somos coreanas al cien por ciento...

—Ve a buscar un poco —murmura.

Y lo hago, pero más que nada porque yo también quiero.

Mientras los adultos toman café, Margot, Haven y yo subimos a la habitación de Haven. Kitty nos pisa los talones. Suele jugar con los gemelos, pero esta vez toma en brazos al *yorkie* de la tía Carrie, *Smitty*, y nos sigue arriba como una más de las chicas.

Haven tiene pósteres de grupos de *rock indie* colgados en las paredes. A la mayoría, ni los conozco. Siempre los está cambiando. Hay uno nuevo, un póster hecho a mano de Belle and Sebastian. Parece tela de *jeans*.

—Está muy padre —comento.

—Estaba a punto de cambiarlo. Te lo puedes quedar si quieres —me dice.

—No hace falta —le respondo. Sé que me lo ofrece solo para sentirse superior a mí. Es su estilo.

—Me lo quedo yo. Gracias, Haven —tercia Kitty. Haven frunce el ceño, pero Kitty ya lo está arrancando de la pared.

Margot y yo nos miramos tratando de contener una sonrisa. Haven nunca ha tenido mucha paciencia con Kitty, y el sentimiento es infinitamente mutuo.

—Margot, ¿fuiste a algún concierto cuando estuviste en Escocia? —pregunta Haven, mientras se deja caer sobre su cama y abre la *laptop*.

—La verdad es que no. He estado muy ocupada con las clases —contesta Margot.

Margot tampoco es muy aficionada a la música en directo. Está mirando su teléfono, la falda de su *hanbok* abierta como un abanico en torno a ella. Es la única de nosotras, las chicas Song, que sigue llevando todo el vestido. Yo me quité la chaqueta, así que llevo solo la falda y las enaguas y Kitty se quitó tanto la chaqueta como la falda y solo lleva la camiseta interior y los pololos.

Me siento en la cama junto a Haven para que pueda enseñarme las fotos de sus vacaciones en las Bermudas que tiene en Instagram. Mientras se desliza hacia abajo por su canal, aparece una foto del viaje de esquí. Haven forma parte de la Orquesta Juvenil de Charlottesville, así que conoce a gente de varios colegios, incluido el mío.

Soy incapaz de reprimir un suspiro cuando la veo, una foto de la última mañana en que aparecemos varios de nosotros en el autobús. Peter me rodea con el brazo y me está susurrando algo al oído. Ojalá recordara qué.

Sorprendida, Haven alza la vista y dice:

—Eh, esa eres tú, Lara Jean. ¿De dónde es?

—El viaje de esquí del colegio.

—¿Ese es tu novio? —me pregunta Haven, y se nota que está impresionada a pesar de que intenta no demostrarlo.

Desearía poder decir que sí, pero...

Kitty se precipita hacia nosotros y mira la foto por encima de nuestros hombros.

—Sí, y es el chico más guapo que has visto en tu vida, Haven.

Lo dice como si se tratase de un desafío. Margot, que estaba mirando su teléfono, levanta la vista y se le escapa una risita.

—Bueno, eso no es del todo cierto —tercio yo. A ver, es el chico más guapo que yo haya visto en *mi* vida, pero no sé con qué tipo de gente va Haven a clase.

—No, Kitty tiene razón. Está guapo —admite Haven—. Pero ¿cómo te lo ligaste? Sin ánimo de ofender, pensaba que eras de las que no salen con chicos.

Frunzo el ceño. ¿De las que no salen con chicos? ¿Qué tipo de chica es ese? ¿Un hongo que se queda sentado en casa en una habitación a oscuras dejando que le crezca el musgo?

—Lara Jean sale mucho —añade lealmente Margot.

Me sonrojo. No salgo nunca, y Peter casi ni cuenta. Pero agradezco la mentira.

—¿Cómo se llama? —me pregunta Haven.

—Peter. Peter Kavinsky.

El mero hecho de pronunciar su nombre evoca placer, es algo que hay que saborear, como un trozo de chocolate fundiéndose sobre mi lengua.

—Aaah. Pensaba que salía con esa rubia guapita. ¿Cómo se llama? ¿Jenna? ¿No eran amigas de pequeñas?

Siento una punzada en el corazón.

—Se llama Genevieve. Fuimos amigas, pero ya no. Y Peter y ella rompieron hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos Peter y tú? —me pregunta Haven. Tiene una mirada escéptica, como si me creyera al noventa por ciento, pero aún le queda ese diez por ciento de duda insidiosa.

—Empezamos a vernos en septiembre. Ahora no estamos juntos. Nos estamos dando un tiempo... pero... me siento optimista. —Al menos eso es cierto.

Kitty me clava el dedo en la mejilla, y me crea un hoyuelo con el meñique.

—Estás sonriendo —me dice, y ella también sonríe, acurrucándose a mi lado—. Haz las paces con él, ¿sí? Quiero recuperar a Peter.

—No es tan fácil —respondo. ¿Cómo podría serlo?

—Claro que lo es. Le sigues gustando mucho. Dile que él también te gusta mucho y, bum, vuelven a estar juntos, y será como si nunca lo hubieras corrido de la casa.

Haven abre los ojos como platos.

—Lara Jean, ¿tú rompiste con él?

—Vaya, ¿de verdad cuesta tanto creerlo? —respondo entornando los ojos. Haven abre la boca, pero tiene el buen criterio de cerrarla.

Le echa otro vistazo a la foto de Peter. Entonces se levanta para ir al baño y, al cerrar la puerta, dice:

—Yo solo digo que, si ese chico fuera mi novio, no lo dejaría escapar nunca.

Siento un hormigueo por todo el cuerpo al escuchar sus palabras.

En una ocasión, pensé exactamente lo mismo sobre Josh, y mírame ahora: es como si hubieran pasado un millón de años y se hubiera convertido en un simple recuerdo. No quiero que sea así con Peter. La lejanía de los viejos sentimientos, como cuando intentas con todas tus fuerzas recordar su rostro al cerrar los ojos, pero apenas puedes recordarlo. Pase lo que pase, quiero recordar siempre su rostro.

Llega la hora de irse. Me pongo el abrigo y la carta para Peter cae de mi bolsillo. Margot la recoge.

—¿Otra carta?

Me sonrojo.

—Aún no he decidido cuándo debería dársela. ¿Debería dejarla en su buzón o enviarla por correo? ¿O tal vez cara a cara? Gogo, ¿tú qué crees? —le pregunto a toda prisa.

—Deberías hablar con él. Ve ahora mismo —responde Margot—. Papá te llevará. Ve a su casa, dale la carta y espera a ver qué dice.

El corazón me late como loco con solo pensarlo. ¿Ahora mismo? ¿Presentarme allí sin llamar primero, sin un plan?

—No sé. Creo que quizá debería pensarlo un poco más.

Margot abre la boca para contestar, pero entonces Kitty se acerca por detrás y dice:

—Basta ya de cartas. Ve a recuperarlo.

—No permitas que sea demasiado tarde —añade Margot, y sé que no está hablando solo de Peter y de mí.

He andado con mucho cuidado en lo relativo a Josh por todo lo que pasó entre nosotros. Margot me perdonó, pero no vale la pena buscar problemas. Así que durante estos dos últimos días he mantenido un silencio comprensivo, con la esperanza de que fuera suficiente. Pero Margot regresa a Escocia en menos de una semana. No me parece bien que se vaya sin al menos hablar con Josh. Somos amigos desde hace mucho tiempo. Sé que Josh y yo arreglaremos las cosas, porque somos vecinos y es lo que pasa con la gente a la que ves a menudo. Las cosas se arreglan prácticamente solas. Pero con Margot y Josh no, porque ella está muy lejos. Si no hablan ahora, la cicatriz solo se endurecerá con el tiempo, se calcificará y serán como dos des-

conocidos que nunca se amaron. Es el pensamiento más triste de todos.

Mientras Kitty se pone las botas, le susurro a Margot:

—Si yo hablo con Peter, tú deberías hablar con Josh. No te vayas a Escocia dejando las cosas como están.

—Ya veremos —responde, pero veo un destello de anhelo en sus ojos, y eso también me da esperanza.